



Un brujo que Embruja

MERCÉ VIANA



*“A Joaquín Michavila,
el gran pintor que
tanto nos hace soñar”*

Sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático. Podrán emplearse citas literales siempre que se mencione su procedencia.



Ilustración

Manuel Sebastián



Coordina la colección
Equipo Dylar

Diseño
Alfonso Méndez Publicidad

Maquetación y fotomecánica
Copion

Impresión
Brosmac, S.L.

Depósito Legal: M-44812-2005

ISBN: 978-84-96485-02-0

© Mercé Viana

© Edición en castellano
DYLAR Ediciones

Tel.: 902 44 44 13

e-mail: dylar@dylar.es

www.dylar.es



**Un brujo
que
Embruja**

MERCÉ VIANA

 **DYLAR**
ediciones

Mercé Viana



¿Conoces a la autora?

Nació en Alfafar, Valencia, y se siente mediterránea hasta el fondo. Trabaja compaginando la formación de los profesores con su vocación de escritora.

Ha dirigido una revista pedagógica valenciana y también ha colaborado en la creación de libros de texto.

Con todo, la creación literaria (cuentos y poesía) es su verdadera pasión. Ha publicado libros tanto en lengua castellana como en valenciana, obteniendo varios premios de narrativa infantil y juvenil. Entre sus cuentos podemos destacar *Una excursió amb pirates*, *Un mago de cuidado* o *El sabio Cirilo*.

Rellena tu ficha



Mercé Viana es de
y además de escribir se dedica
a

..... También
ha colaborado en la redacción
de

¿En qué dos lenguas ha
escrito y publicado sus cuentos?

.....
.....

¿Cual es el otro género literario
por el que Mercé siente afición?

.....

Otro de sus cuentos se titula

.....

.....



El nacimiento

Hubo un tiempo en que los brujos, brujas y brujitos formaban una comunidad muy cerrada y separada del resto de las personas. Vivían en el país de Acalicanto, un territorio prácticamente encerrado por un riachuelo que desembocaba en un gran lago.

Sus habitantes estaban muy orgullosos de haber nacido y crecido en estas tierras y pensaban que se trataba del país más maravilloso de todo el planeta, tanto por sus paisajes como por sus colores. A lo largo y a lo ancho del territorio, había casi de todo: cultivos de verduras grisáceas y plumosas, montañitas desnudas de herbajes, un pequeño desierto de arena negra e, incluso, tres volcanes muy singulares que, de tanto en tanto, entraban en erupción.

El primero de los volcanes, Fumarola, se encontraba al este del país y, cuando entraba en erupción, lanzaba un humo intensamente negro o ligeramente gris, según el humor en que se encontrase es ese momento.

El segundo volcán se le conocía por el nombre de Carbonilla y estaba situado al norte de Acalicanto. Este volcán era muy metódico y práctico; todos los años, justo al comienzo del otoño, se dedicaba durante algunos días a soltar toneladas y más toneladas de carbón. Los brujos y brujas del lugar aprovechaban tal evento para aprovisionarse de esta materia, llevársela a casa, almacenarla y utilizarla cuando los fríos les visitaran. Como cosa curiosa he de informaros de que nunca, en ninguno de los inviernos, ni les faltó, ni tampoco les sobró un trocito de este material negro y generador de calimas agradables. Recogían estrictamente lo que suponían que iban a necesitar y siempre lo acertaron.

Al tercer volcán, justo al sur del país, siempre se le conoció como el Erudito y solo entraba en acción al comienzo de cada primavera y de cada verano. Era el más intelectual de los tres. No producía materia sino ideas. Unas ideas que tomaban vida

en forma de maldiciones y fórmulas para hacer encantamientos.

Las maldiciones, todo hay que decirlo, eran casi siempre las mismas y solían dirigirse a cambiar el color de las criaturas menudas, como las lagartijas, las hormigas o los grillos, por otras más sombrías y nebulosas.

Sin embargo, lo de las fórmulas era otra cosa, las lanzaba variadísimas y con finalidades muy diferentes. Algunas de ellas han sido recogidas en *El Gran Formulario Fantástico*, el libro más importante de magia y que en la actualidad se encuentra en paradero desconocido. Se sabe que contiene fórmulas muy complicadas y difíciles de crear y que entre ellas se encuentran algunas con funciones como las que siguen:

- Cómo transformar las explicaciones de matemáticas del profesor o profesora de la escuela en una canción de moda.
- Cómo transformar los lunes en domingos.
- O también, cómo conseguir reír por la nariz al mismo tiempo que las niñas de los ojos bailan una jota alavesa.

Cuando los volcanes, fuera el que fuese, despertaban, era tradicional que se declarase

fiesta nacional y, para celebrar tan gran acontecimiento, grandes y pequeños se reunían con los familiares o amigos a tomar un buen tazón de chocolate negro.

Si el volcán que se ponía en erupción era Fumarola, todo el mundo acudía, cargado con bolsas atrapahumos para llenarlas de sus emanaciones. Cuando estaban bien llenas, los brujos las guardaban en el almacén municipal. De esta manera, los días de fiesta, cogían algunas, las abrían un poco y dejaban salir los humos prisioneros que, mediante unas fórmulas mágicas, se convertían en el aire en preciosas figuras.

Cuando se estrenaba el Carbonilla, grandes y pequeños acudían de inmediato al lugar, arrastrando carros y más carros, para cargar la materia que les habría de ayudar a combatir el frío. Pensad que, en general, los seres mágicos son tan sensibles al frío que si el invierno los coge desprevenidos, se encogen y se encogen hasta quedarse diminutos y casi invisibles. Tan solo cuando se calientan, vuelven a recuperar su tamaño habitual.

Ahora bien, si el que entraba en erupción era el volcán Erudito, todos los brujos y brujas emprendían su viaje hacia el sur del

país, acompañados de un buen puñado de folios grises y unas gafas, aunque sin vidrios, bien puestas donde corresponde. Al llegar, extendían los folios con cuidado con la finalidad de que las maldiciones y fórmulas de encantamiento que lanzaba el volcán fueran grabándose en el papel. Más tarde, cuando cesaba su actividad, estos seres maravillosos encuadernaban los folios impresos y formaban un nuevo libro. Le ponían un título adecuado, sin olvidar el año en que se encontraban, y lo dejaban en su biblioteca, junto a los otros ejemplares que ya tenían.

Acalicanto también tenía dos bosques. Uno de ellos era de castaños tan prolíficos, que siempre estaban produciendo castañas, ya fuera primavera, verano, otoño o invierno. Sus hojas, de un gris claro, parecían de metal y las castañas eran tan gordas que con tan solo un par de ellas tenían bastante para cenar toda una familia. El fruto de estos árboles gigantes no era blanco como el que estamos acostumbrados a ver, sino de un color marrón oscurísimo y estaba considerado como el alimento básico de la sociedad brujeil. No debe extrañarnos, pues, que aquellos brujos y brujas lo cuidasen con gran amor y, de vez en cuando, marcharan

al centro del bosque, para recitar a sus árboles algunos poemas en agradecimiento por su generosidad.

El otro bosque era de unas encinas muy particulares. Sus ramas, retorcidas y casi desnudas, lucían una negrura parecida a la de los días de grandes tormentas. Sin embargo, gracias a sus bellotas, podían alimentar con generosidad a sus cerdos negros. Entre árbol y árbol había miles de malas hierbas perversas, adornadas con espinas gigantescas y que se reían como locas siempre que conseguían introducir alguna en el cuerpo de un animalillo.

En este país no había flores porque no les gustaban a sus habitantes. Habían oído decir que desprendían un olor infernal y preferían gozar de los perfumes producidos, a la caída del sol, por la quema de los matojos de las riberas. Siempre hacían coincidir este trabajo con el momento en que el viento soplabá; de ese modo, se extendía el humo, negro como el miedo, cargado de lo que aquellos consideraban perfumes exquisitos.

Con todo, de lo que más orgullosos estaban los brujos y las brujas de este extraño país, era de su lago. Un lago de aguas



fétidas y turbulentas, donde los peces luchaban con desespero por sobrevivir. Su negrura les emocionaba porque, decían, les recordaba el color de las nubes dispuestas a descargar una buena tempestad sobre la tierra, con rayos en punta incluidos.

Los habitantes de este territorio vivían repartidos a lo largo y a lo ancho de su geografía,

aunque la mayoría de ellos se habían agrupado formando una pequeña ciudad, la cual estaba gobernada por Estiracabelos, un brujo de piel oscura que recordaba una especie de libélula negra.

Estiracabelos, que era muy estimado por todos los ciudadanos, esperaba con gran ilusión ser padre. Quería, como todos los padres del mundo, ver una criatura en casa y enseñarle todo aquello que él también había aprendido de sus progenitores. Y, como todo llega en este mundo, un buen día de fuerte lluvia y débiles relámpagos se dejó oír, en toda la ciudad, la voz de un nuevo miembro de la sociedad brujeril. Era la señal. Y es que, los brujos tenían la facultad de que sus primeras palabras resonasen como si fueran campanas.

Desde los tiempos más remotos, el recién nacido abría los ojos, daba un bostezo largo y sonoro e, inmediatamente, se anunciaba con estos versos:

*Tarará, tararí
ya estoy aquí.
Sin ningún pirulí
y esperando un patín.*

Y es que las primeras cosas que le regalan a un brujo al nacer son un pirulí y un patinete.

El patinete para que dé una vuelta por la casa y la conozca muy bien desde el primer día, y el pirulí, de un succulento azúcar negro, para que comience la vida endulzándose.

Sin embargo, lo que aquel día escucharon los brujos y brujas de la ciudad, no fueron exactamente esos versos sino estos otros:

*¡Hola, troncos! Ya estoy aquí
sin pirulí ni chupete
pero quisiera un pastel de maíz
y más tarde, el patinete.*

Los habitantes de Acalicanto, al oírlo, se sorprendieron un montón y hasta se indignaron un poco. Nunca, hasta entonces, había habido nadie tan osado capaz de cambiar ni un verso, ni una palabra, ni un acento de su tradicional y estimado saludo inicial. Todos los brujos del mundo nacían sabiéndolo y recitándolo.

Los padres de la criatura, que no eran tan convencionales, lo escucharon, se miraron uno al otro con gesto de no entender ni jota y, al fin, dijeron un poco decepcionados:

—Pero, ¿qué dice este niño?

—No lo sé, pero yo no he hecho ningún pastel...

—Pues habrá que hacerlo inmediatamente. Y, como en la sociedad brujeril se considera una descortesía no corresponder a la petición de un recién nacido, echaron mano de la fórmula «Aparecepasteles» para conseguir aquello que su hijo pedía.

Con la sorpresa y las prisas, ninguno de los dos se había fijado bien en la carita del bebé. Fue en el preciso momento de presentarle ante sus narices el dichoso pastel cuando Estiracabelos y su mujer clavaron la mirada en la carita infantil y, con gran espanto, exclamaron:

—¡Horror y pavor! ¡Pero, si no tiene los ojos negros!

—¡Ay, Señor de todos los brujos! —gritó Henedina, la madre.

—¡Problemas tendremos y todos los padeceremos! —pronosticó el padre.